

Descendía á los tenebrosos pozos de las minas. Una vez había tenido que amenazar con sus pistolas á uno brigada de obreros insurreccionados.

Era valiente; tenía talento. Involuntariamente, sin embargo, volvía á presentársela el primo Basilio, haciendo fluctuar su albornoz blanco en las planicies de Tierra Santa ó en París, derecho en su faetón, gobernando con destreza los inquietos caballos; y esto le daba idea de otra vida más poética, más propia para lances sentimentales.

Del cielo estrellado, descendía una luz difusa: ventanas iluminadas resplandecían á lo lejos, abiertas al sople tibio de la noche. Los murciélagos revoloteaban.

—¿La señora no quiere luz?—preguntó desde la puerta la voz fatigada de Juliana.

—Póngala usted en el cuarto.

Luisa suspiró. Sentíase cansada.

—Sin duda es la tronada,—pensó.

Fué á la sala, sentóse al piano: tocó al acaso fragmentos de *Lucía de Sonámbula* del *Fado*: deteniendo los dedos sobre el teclado, recordó que Basilio debía volver á verla al día siguiente. Volvió á comenzar el *Fado*. ¿Se pondría el vestido nuevo de *foulard*, color de castaña? Sus ojos se cerraban.

Se fué á la alcoba.

Juliana traía la lámpara. Venía arrastrando las chinelas, con un chal por los hombros, encogida y lúgubre. Aquella figura, con su aspecto de moribunda, irritó á Luisa.

—Parece usted la imagen de la muerte.

Juliana no contestó. Dejó la lámpara sobre la cómoda y recogió moneda á moneda, el dinero de la compra. Con los ojos bajos, murmuró:

—¿La señora necesita algo?

—Váyase, mujer, váyase.

Juliana fué á buscar el quinqué de petróleo. Subió á su alcoba. Dormía en el sotabanco, cerca de la cocinera.

—¡Parezco la imagen de la muerte! ¿eh?—murmuró furiosa.

El cuarto era bajo, muy estrecho, con la techumbre de madera, abuhardillado. Juliana dormía en un catre de hierro, sobre un jergón de paja, cubierto con una colcha de percal. De los barrotes de la cabecera pendían unos escapularios y la redecilla rizada que Juliana se ponía para sujetar el moño. Al pie de la cama tenía su gran arca de madera, pintada de azul. Sobre la mesa de pino estaba un espejo de mano, el cepillo de cabeza ennegrecido y casi pelado, un peine de hueso, y algunos botes con medicinas. El único adorno de la sórdida pared, rayada por las cabezas de fósforos, era una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, y un daguerreotipo donde aun se advertía vagamente, las insignias y los bigotes empinados de un sargento.

—¿Está acostada la señora?—preguntó la cocinera desde la alcoba vecina, de donde salía un rayo de luz viva que cortaba la obscuridad del pasillo.

—Sí, señora Juana, ya está acostada. Hoy tiene mal humor. Le falta su hombre.

De tiempo en tiempo, Juana, revolviéndose, hacía crujir la vieja madera de su lecho. No podía dormir. Se ahogaba.

—Pues no le digo nada aquí, en este paraíso,—murmuró Juliana irónicamente.

Para que entrase un poco el aire, abrió la claraboya que daba sobre el tejado. Se puso sus pantuflas de orillo, y fué al cuarto de Juana; pero se quedó en la puerta, sin entrar. Era doncella de labor y quería evitar familiaridades con la cocinera. Ha-

biase atado á la cabeza un pañuelo amarillo y negro. Su cara parecía más arrugada y sus orejas más separadas del cráneo. Su camisa descubría las clavículas descarnadas, y su enagua las canillas muy blancas y muy secas. Cruzó los brazos, y rasgóse lentamente los codos esqueléticos.

—Diga, señora Juana,—murmuró en voz baja.—¿Aquel *individuo* ha permanecido mucho tiempo en casa? ¿Usted reparó bien?

—Salía justamente en el momento que usted entraba.

Juana sofocada de calor, casi descubierta, se rasaba furiosamente bajo su camisa burda, que plegada á usanza del Mino, dejaba sus pechos al aire.

Las chinches no la consentían un momento de reposo. Había nidos en aquella maldita alcoba. Juana jadeaba. Tenía el cuerpo lleno de picaduras.

Al pie de la cama, en una silla de madera, humeaba el quinqué de petróleo.

—¡Esto es un infierno!—dijo Juliana lastimera.—Yo nunca logro dormirme hasta de día... ¡Ah! tiene usted un San Pedro á la cabecera. ¿Es por devoción?

—Es el santo de mi mozo,—dijo la otra.

Después sentóse en la cama. ¡Uf! no podía con aquel calor, que además le causaba una sed espantosa.

Saltó del lecho y á grandes pasos que hacían temblar el suelo, fué á un jarro de agua y bebió un gran trago. La camisa ajustada, hecha con gran ahorro, de lienzo, dejaba ver la maciza construcción de las caderas, y la fuerza de sus formas.

—He ido á ver al médico,—dijo Juliana suspirando.—¡Tiempo perdido! ¡Sólo Dios, sabe lo que yo tengo!

—¿Pero por qué siendo así, no se resolvía la se-

ñora Juliana, á que la viese la saludadora? Con seguridad, que la curaba. Vivía en el *Pozo de los Negros*. Tenía oraciones y ungüentos para todo. Solamente llevaba una moneda por la preparación...

—Lo que usted tiene son humores... Humores, sí, señora Juliana.

Juliana avanzó dos pasos en el cuarto. Cuando se trataba de enfermedades y de remedios, se volvía más familiar.

—Sí, he pensado que debía ver á esa mujer, pero cuesta mucho... Es precisamente el dinero que tengo apartado, para un par de botinas.

Las botinas, eran su vicio, la arruinaban. Las tenía de paño, con puntas de charol; de cuero, con lazos; de piel fina respunteadas, en color... Las guardaba en su baúl, bien limpias, y envueltas cuidadosamente en papel de seda.

Juana, la censuró:

—¡Primero es la salud, que los perendengues!...

Luego la cocinera, también se lamentó de su miseria. Había tenido que pedir á la señora un mes adelantado. Sólo le quedaban dos camisas andrajosas, por el estilo de la que traía.

—¡Pero, qué quiere usted, señora Juliana! Por aquellos días mi hombre necesitó dinero...

—Se deja usted comer por ese rapaz,—dijo Juliana con acento desdeñoso.

Juana la miró. Después, ahuecando con la mano la paja del jergón, suspiró:

—¡Aun cuando tuviera que roer los huesos. La última migaja de pan, sería para él!

Juliana tuvo una risa seca.

—¡Vale la pena!

Estaba celosa por la posesión de aquel amor, y por los goces que debía darle á la cocinera.

—¡Sí, vale la pena!... Buen mozo, toma, el que

hoy visitó á la señora. ¡Mejor que su marido...! ¿Y dice usted que ha estado más de dos horas?

—Ya le he dicho que se fué cuando usted volvía.

En este momento, el quinqué de petróleo, se apagó, esparciendo un olor malísimo, y un humo negro.

—Buenas noches, señora Juana. Todavía voy á rezar mi rosario.

La cocinera se tendió con un movimiento tan brusco, que hizo crujir todas las tablas de la cama.

— Buenas noches, señora Juliana.

Juliana se alejaba á tientas.

La cocinera la llamó de entre las sábanas:

—Oiga si quisiera rezar tres Salves por la salud de mi novio, que ha estado enfermo, yo rezaría otras tres porque usted mejorara de su enfermedad del pecho.

—¡Pues sí, señora Juana!

Pero reflexionando, murmuró:

—Lo del pecho va mejor; ahora tengo grandes dolores en la cabeza. Récele á Santa Engracia porque se me ponga bien la cabeza.

—Como usted quiera, señora Juliana.

—Sí, haga el favor. Buenas noches.

—Fué á su cuarto. Rezó y apagó la luz. Un calor irresistible caía del techo. Comenzó á faltarle el aire. Volvió á abrir la claraboya, pero el vaho caliente que venía de los tejados la sofocaba más. Así eran todas las noches, desde el comienzo del verano. Además, las maderas viejas hervían de bichos. Nunca, nunca, en cuantas casas había servido, tuviera un cuarto peor.

La cocinera comenzó á roncar al otro lado.

Juliana sentíase sola en aquella miseria y le pareció la vida más amarga que nunca.

Había nacido en Lisboa. Su nombre era Juliana Conceiro Tavira. Su madre fuera planchadora. Ju-

liana desde pequeña, había conocido en casa á un sujeto á quien llamaban en la vecindad *o fidalgo* y al cual su madre llamaba el señor don Augusto. Venía todos los días, por la tarde en verano, y en invierno por la mañana. Pasaba á la salita en que su madre planchaba y allí estaba horas y horas sentado junto á una ventana que daba á un patinejo, fumando y acariciándose en silencio su enorme bigote negro. Solía sentarse en un poyo de piedra adosado en el hueco de la ventana, y le ponían encima con mucho respeto una almohada de aire que Juliana soplabá.

Don Augusto era calvo y traía ordinariamente una chaqueta de terciopelo castaño y un sombrero alto blanco. A las seis levantábase, vaciaba el aire del almohadón, deteníase un momento á estirar las medias que le asomaban entre el pantalón y el zapato, y salía con su gruesa caña de Indias bajo el brazo.

Entonces, ella y su madre iban á comer en la mesita de pino, de la cocina bajo de un postigo junto al cual se balanceaban, de verano á invierno, las ramas de un árbol seco.

Por la noche, el señor don Augusto volvía, traía siempre un periódico; su madre le hacía torradas y se las servía con mucho amor. Muchas veces Juliana la había visto llorar de celos.

Un día, una vecina, á quien no quiso ayudar á lavar la ropa, enfurecióse y empezó á gritarla injurias y le dijo que su padre estaba en Africa por haber muerto á *El rey de copas*.

Poco tiempo después se puso á servir. Su madre murió algunos meses más tarde de una enfermedad del útero. Juliana sólo una vez volvió á ver al señor don Augusto.

Fué por cuaresma, vestido con la hopa lúgubre de

una cofradía en la procesión de los Pasos. Servía hacía veinte años. Como ella decía, mudaba de amos, pero no mudaba de suerte.

¡Veinte años que dormía en catres inmundos, levantándose al amanecer, comiendo los restos que otros dejan, vistiendo trapos viejos, sufriendo malas contestaciones y las palabras duras de los señores; yendo al Hospital cuando venía la enfermedad, volviendo á pasar hambre cuando la enfermedad acababa!...

¡Aquello era demasiado!... Ahora tenía días en que solo con ver la aguja de zurcir y la plancha, se le revolvió el estómago. Nunca se acostumbraría á servir.

Desde muchacha, su ambición había sido tener un pequeño comercio, un estanco, una tienda de quinca; disponer, gobernar, ser patrona; pero á pesar de las economías mezquinas, y las privaciones crueles, lo más que había conseguido juntar, habían sido unas cuantas monedas á fin de año. El horror al hospital era tan grande en ella, que cuando tenía alguna dolencia, se iba á casa de una pariente, y gastaba en médico y en botica el dinero tan dolorosamente ahorrado.

Desde su última enfermedad, había quedado muy debilitada. Perdió toda esperanza de restablecerse. Tendría que servir hasta la vejez, y pasar su vida de amo en amo. Esta certeza dábale un desconsuelo constante. Comenzó á agriarse su carácter.

Y después, no era hábil, no sabía sacar partido de las casas; veía á otras compañeras divertirse, visitarse unas á otras, pasar el día en la ventana, cantar, salir los domingos muy engalanadas y cuando las amas iban al teatro, abrir la puerta al novio y gozar del amor y de la soledad. Ella no. Siempre tuvo un carácter retraído. Hacía su obligación, co-

mía y se acostaba; los domingos, cuando nadie pasaba, poníase en la ventana con el pañuelo extendido sobre el alfeizar para no estropear sus mangas, y allí estaba inmóvil con su vestido dominguero y sus zapatos de tacón. Otras compañeras eran queridas de las amas, se hacían humildes aduladoras, traían historias de la calle, recibían cartas para las señoritas, llevaban recados. Ella no podía avenirse con aquellos oficios. Era cuestión de carácter.

Apenas entraba en una casa, sentía en torno suyo la malquerencia. La señora le hablaba con sequedad y pocas veces; los niños tomábanle antipatía. Las otras criadas, si estaban bromeando, callaban apenas la figura tiesa y severa de Juliana aparecía; le ponían motes: *el haba seca, la bruja*, y otros por el estilo.

Imitaban sus movimientos nerviosos. Le inventaban coplas burlonas; sólo había encontrado algunas simpatías en los gallegos taciturnos; en los criados emigrados de la bella Galicia, llenos de un triste recuerdo de su patria, y que cumplían en las casas los más humildes menesteres.

Lentamente, comenzó á hacerse desconfiada y agresiva; tenía disputas constantes con sus compañeras. ¡No había de dejarse poner el pie en el pescuezo!

Ante las antipatías que le rodeaban, su carácter se exasperaba, y se hacía cada vez menos simpático. Comenzó á durar poco en las casas. En un solo año recorrió tres. Salía moviendo escándalos, dando gritos y batiendo las puertas, dejando á las amas pálidas y nerviosas...

La curandera, su vieja amiga, la tía Victoria, le tenía predicho:

—Tu acabarás por no tener donde arrimarte, y por faltarte el pan.

¡El pan! Aquella palabra, que es el terror y la dificultad del pobre, le asustaba.

Procuró dominarse. Comenzó á mostrarse como una pobre mujer, con celo afectado, con aire de sufrirlo todo, puestos los ojos en el suelo... Pero por dentro su espíritu se recomía. Verdeó de bilis. Viendo la inquietud nerviosa de los músculos de la cara, se comprendía que aquella mansedumbre era superficial.

La necesidad de dominarse, dióle el hábito de odiar, sobre todo á las amas, con un odio irracional y pueril.

Las tuvo ricas, con casas lujosas y pobres, mujeres de empleados; viejas y jóvenes, coléricas y pacientes; á todas las odiaba sin diferencia.

Era el ama y bastaba. ¡Por las más sencillas palabras, por los actos más triviales! Si las veía sentadas—“anda, descansa, que la negra trabaja.” Si las veía salir: “vete, vete, que la negra se queda cumpliendo tu obligación.”— Cada acto de ellas era una ofensa á su tristeza doliente; cada vestido nuevo, una afrenta á su vestido de merino teñido.

Detestaba la alegría de los niños y las prosperidades de las casas. Si los amos tenían alguna contrariedad, ó veía caras tristes, canturreaba todo el día con voz de falsete la *Carta adorada*. ¡Con qué gusto portaba á sus amos las cuentas de los acreedores cuando presentía que esto había de producir embargo en la casa!

—Este papel,— gritaba con voz estridente,— dice no se vá sin una respuesta.,,

Todos los lutos la deleitaban. Bajo el chal negro que la habían regalado, tenía palpitations de regocijo. Había visto morir niños pequeños en algunas casas y jamás el dolor de las madres la había conmovido. Encogíase de hombros y decía:

—“Anda de ahí á hacer otro. ¡Cabra!.,,

Las palabras de amabilidad y condescendencia, eran perdidas con ella. Gotas de agua arrojadas en el fuego. Resumía á todas las amas en esta sola palabra: *una reina*. Detestaba las buenas por las vejaciones que sufría de las malas. El ama era para ella el enemigo, el tirano. Había visto morir dos y cada vez sentía, sin saber por qué, un vago alivio, una especie de disminución del peso que sofocaba su vida.

Siempre había sido envidiosa, y con la edad, aquel sentimiento se exajeraba.

Al envejecer, se hizo más odiosa su conducta. Las noches de *soirée*, de teatro, la exasperaban. Cuando había paseos proyectados si llovía de repente ¡qué felicidad! El aspecto de las señoras vestidas y de sombrero, asomándose á las vidrieras con un tedio infeliz, la regocijaba.

—¡Ay, señora! ¡Es un temporal deshecho! ¡Llueve á cántaros! ¡Esto es para todo el día! ¡Mire usted, mire usted!

Juliana era además muy curiosa. Más de una vez la habían sorprendido delante de una puerta cerrada con el oído atento, y la escoba en la mano.

Cualquier carta que venía era examinada, vista del derecho y del revés... Curioseaba sutilmente en todas las gabetas abiertas, releía todos los papeles tirados en los cestos, tenía un modo de andar ligero é inquisitorial. Andaba en busca de un secreto, de un buen secreto. ¡Como le cayese entre manos!

Era muy golosa y nutría su deseo no satisfecho de comer bien, con pastelitos y entremeses. En las casas donde servía la comida, sus ojos enrojecidos espíaban ávidamente lo que cada comensal se servía, y si alguno repetía de un plato, exasperábase.

Era como una disminución de su parte. De andar siempre á caza de golosinas, su salud había empeorado. Gustaba del vino, y ciertos días, compraba una botella de moscatel y se la bebía sola, echada en su cama, saboreándolo lentamente, alzada levemente la falda para poder recrearse contemplando su pie.

A causa de su fealdad no tenía á nadie. Por orgullo y por despecho no se había ofrecido como otras muchas hacían, con los amos ó los criados de las casas. El único hombre que la había mirado con deseo había sido el mozo de una cochera, un galopín, de aspecto inmundo y facineroso. La delgadez de Juliana, su aire dominguero, habían excitado al bruto. La miraba con ojos de bulldog. A Juliana le inspiraba un sentimiento mezclado de horror y vanidad. El primer hombre por quien había sentido algo, era un criado bonito y emperejilado, que se había reído de ella, poniéndola el nombre de *la dama seca*. No contó más con los hombres, por despecho, por desconfianza de sí misma. Las rebeliones de la naturaleza las sofocaba en flatos. Pasaban. Pero la falta de aquel gran consuelo aumentaba la miseria de su vida.

Un día tuvo, al fin, una gran esperanza. Entró al servicio de la señora doña Virginia Lemos, una viuda rica, tía de Jorge, muy enferma, casi moribunda, con un catarro en la vejiga. La tía Victoria, la comadrona, la previno.

—Trata á la vieja con amor. Sé para ella una enfermera sufrida. Es rica y no tiene apego al dinero. Es capaz de dejarte una buena manda cuando muera.

Durante un año, Juliana, roída de la ambición, fué la enfermera de la vieja. ¡Qué celo! ¡Qué mimos! Virginia era muy gruñona, tenía un gran amor á

la vida. La idea de morir la enfurecía; pero cuando ella reñía, con su voz áspera y gutural, Juliana se mostraba más servicial, más cariñosa. La vieja acababa por enternecerse. Llamábala su providencia y cuando venían visitas, la elogiaba sin medida. Se la había recomendado mucho á Jorge.

—¡No hay otra, no hay otra!—exclamaba.

—¡Ay, has hecho tu fortuna!—la decía la tía Victoria;—por lo menos te deja una buena talega.

—¡Una buena talega! Juliana, de noche, cuando la vieja gemía en su antiguo lecho de palosanto, veía la moneda, de claridad refulgente, relucir en pilas de oro y plata, inagotables y prodigiosas. ¿Qué haría con el dinero? Mientras velaba á la cabecera de la enferma, con un cobertor en los hombros y los ojos dilatados y fijos, hacía planes: pondría una tienda de sombreros. Entonces percibía como un relampago de nuevas felicidades no sospechadas todavía. Una talega era una dote; podría casarse, tener un hombre.

Acabarian las miserias. Comería lo que quisiera, su comida, no las sobras de otros. Mandaría, tendría una criada, su criada. Al pensar estas cosas, sentía en el estómago contracciones de alegría. Había de ser buen ama. ¡Pero que anduviesen derechas las criadas! Nada de contestaciones inconvenientes, ni de miradas iracundas. E impelida por aquellas imaginaciones, arrastraba sutilmente las chinelas por el cuarto, hablando sola.

—Nada, nada de consentir malos modales. Mantenerlas bien, eso sí, porque el que trabaja ha de comer...

La vieja exhalaba un suspiro aflictivo.

—Esa muere,—pensaba Juliana.—¿Morirá hoy?

Y su mirada ansiosa se fijaba en el cajón de la có-

moda, donde seguramente estaban el dinero y los papeles. En aquel tiempo la vieja quería beber: volvió á la cama.

—¿Cómo se siente?—preguntaba con plañidera voz.

—Mejor, Juliana, mejor.

—Siempre se supone mejor. Pero la señora ha estado inquieta,—decía Juliana, enojada de la mejoría.

—No, dormía bien;—y suspiraba la vieja.

—Eso no es dormir; la he oído quejarse. Ha estado toda la noche intranquila.

Quería convencerla de que estaba peor. Convencerse á sí misma de que el alivio era efímero y la vieja moriría pronto. Todas las mañanas seguía al doctor Pinto hasta la puerta con los brazos cruzados, con la cara triste.

—¿Entonces, señor doctor, no hay esperanza?

—Es cosa de Dios.

Quería saber los días... ¿Dos ó cinco?

—No se sabe, Juliana,—decía el doctor mientras se ponía sus guantes negros.—Unos cuantos días; siete ú ocho.

¡Ocho días! Y cómo la felicidad se aproximaba; ya había echado el ojo á tres pares de botinas que había visto en la vidriera de Manoel Lourenzo.

La vieja, por fin murió. No la mencionaba en el testamento. Juliana enfermó de rabia.

Jorge, agradecido por los cuidados que había tenido con su tía, le pagó un cuarto donde pudiese vivir algunos meses, y la prometió tomarla para criada de dentro, porque la que tenía, una muchacha muy bonita, pensaba casarse. Después, habiéndose agravado, le pagó una cama en el hospital. Cuando salió de éste para casa de Jorge, comenzó á quejarse del corazón.

Venía desilusionada de todo: tenía algunas veces deseos de morir. Luisa, recién casada entonces, la halló desde el principio de aspecto antipático. Quiso despedirla á las dos semanas; pero Jorge no lo consintió. Estaba en deuda con aquella pobre mujer, decía.

Luisa no podía disfrazar la antipatía y Juliana comenzó á detestarla y después la puso un nombre: *la piorrinha*.

Un día vinieron los mueblistas, que renovaron el mobiliario de la sala. La tía Virginia había dejado á Jorge tres contos de reis. En cambio ella, que durante un año fué su enfermera, humilde como un perro y fija como una sombra, sufriendo las incomodidades y las malas noches, había tenido por recompensa el hospital. Comenzó á odiar la casa.

Tenía para esto muchas razones, según decía. Dormía en un cubil infecto, no la daban vino ni postres. El servicio de plancha era pesado; Jorge y Luisa tomaban baño todos los días y era un trabajo penoso el vaciar y llenar diariamente la pila. Hallaba disparatada aquella manía de mojarse el cuerpo todos los días de Dios. Había servido á veinte años y nunca había visto semejante disparate. La única ventaja, decía ella á la tía Victoria, es que no hay niños: tenía horror á los niños. Aparte de esto, encontraba que aquel barrio era saludable y como tenía á la cocinera de su parte, podía regalarse con un caldo entre horas. Por eso permanecía en la casa. De otra manera, no habría aguantado una semana.

Hacía entre tanto su servicio y nadie tenía que reprocharle nada, y como perdiera la esperanza de establecerse, no se sujetaba al rigor de las economías y se permitía algunos tragos de vino dulce y

compraba elegantes botinas, satisfaciendo su vanidad pueril.

—Voy á paseo con los pies como pocas,—decía Juliana.

Su alegría era ir los domingos al paseo público y sentarse en un banco, con la orla del vestido un poco recogida para mostrar á todo el que pasara la puntita de su pie.

IV

A las tres de la tarde Juliana entró en la cocina, y rendida de fatiga, ssntóse en una silla de madera. Decía que estaba tan débil que no podían sostenerla las piernas. Dos horas le había costado arreglar el salón que parecía un establo. Un caballero había dejadó ceniza de tabaco hasta sobre la mesa y era ella, la pobre negra, quien pagaba todo eso. Después se quejó del calor. ¡Era derretirse! Su piel amarilla relucía como untada de aceite.

—¿No está todavía la sopa?—preguntó con voz dulce.—Deme un sorbo de caldo señora Juana.

—Tiene usted hoy otra cara,—dijo la cocinera.

—¡Tengo tantas cosas! Vea usted; no me he dormido hasta el día, ya había salido el sol.

—¿Y yo? ¡He tenido una pesadilla! Un fantasma de fuego que me pasaba por encima del cuerpo y me daba cada patada en el estómago como el que estruja la uva en el lagar.

—Efectos de la digestión,—dijo Juliana sentenciosamente.

Después sonrió, enseñando sus dientes amarillos. La sopa que Juana vertía en una sopera, exhalaba